

## ¿Nuevo El Dorado?



**Javier Santiso**  
Economista Jefe  
y Director Adjunto,  
Centro de Desarrollo  
de la OCDE

ÁFRICA SUELE RELACIONARSE más con los flujos de capitales vinculados a la ayuda internacional que con los precedentes de fondos de inversión privados. ¿Quién imaginaría que los fondos mutuos (mutual funds) anglosajones, los vehículos financieros que constituyen los fondos de capital inversión (private equity) o los controvertidos fondos de inversión libre (hedge funds) pudiesen afluir en masa al continente negro?

Pero África está a punto de convertirse en la nueva frontera de inversión de los mercados emergentes. Y no se trata de un entusiasmo limitado a Sudáfrica o Nigeria. Países como Kenia, Ghana o Botsuana van camino de convertirse en el nuevo destino de predilección de los mercados.

Poco antes del verano de 2007 Renaissance Capital anunció el lanzamiento de un fondo de inversión panafricano de más de US\$ 1.000 millones. Unas semanas después, el fondo de capital inversión sudafricano Pamodzi Investment Holdings superaba esa cifra con el lanzamiento de otro fondo de más de US\$ 1.300 millones, respaldado por instituciones estadounidenses. Por su parte, el fondo londinense Blakeney Management pretende invertir en países como Angola, Mozambique o Etiopía, los que han logrado salir de varios años de conflicto. En total, en 2007 se han reunido cerca de US\$ 3.000 millones de fondos de capital inversión para el continente africano.

Los inversionistas en acciones emergentes demuestran un entusiasmo renovado por África. Los fondos globales emergentes dedican cerca del 10% de su cartera al continente. A esta tendencia se añade la de crear fondos de renta variable panafricanos, como lo han hecho firmas como Investec o Stanlib, filial del banco sudafricano Standard Bank. La inversora Imara, por su parte, tiene ya tres fondos africanos, de los cuales uno está enteramente dedicado a Namibia y otro a Zimbabue.

Estas iniciativas han venido a respaldar las iniciadas en 2006 por instituciones como Ethos Private Equity, que, en octubre de ese año, formó el mayor fondo panafricano asentado en África hasta la fecha, por US\$ 750 millones. Poco antes, el príncipe saudí Al-Walid Ibn Talal había invertido en el ramo bancario en Ghana y en el de las telecomunicaciones en Senegal y había impulsado, junto con el británico HSBC, la creación de un nuevo fondo, HSBC Kingdom Africa Investments, dotado de más de US\$ 400 millones.

Los tan criticados fondos de inversión libre se han unido a este entusiasmo. Tudor Investments y Millennium Partners han apostado por la nueva institución Africa Opportunities Partners, que pretende invertir en el ramo cervicero de Tanzania, en el de las telecomunicaciones de Senegal o en una compañía de seguros en Egipto. Por su parte, en Europa, el financiero suizo Nicolas Clavel lanzó el 1 de julio de 2007 el primer fondo de inversión libre íntegramente dedicado a África, Scipion African Opportunities Fund, cuyo objetivo es reunir US\$ 700 millones.

¿Por qué semejante entusiasmo? Existen múltiples razones. Algunas tienen que ver con las condiciones internacionales, la búsqueda de rendimientos y la fuerte liquidez, que inclinan a los inversionistas hacia activos con mayor riesgo, pero con un mayor rendimiento potencial. Al mismo tiempo, las oportunidades han aumentado, ya que los mercados subsaharianos registran más de 522 empresas, frente a 66 en 2000. Nuevas entidades, como el banco Renaissance Capital, con representación en Moscú y Londres, han abierto oficinas en la mayor parte de los países africanos.

Con todo, la explicación fundamental de este fenómeno radica en condiciones endógenas del continente. Como lo sostienen desde hace varios años las Perspectivas Económicas en África, publicación conjunta del Centro de Desarrollo de la OCDE y del Banco Africano de Desarrollo, se ha reiniciado el crecimiento en África. Por otra parte, la gestión macroeconómica ha mejorado en muchos países. Varios están gestionando más prudentemente el auge de las materias primas. Además, no sólo están levantando cabeza los países ricos en petróleo o minerales, sino que otros, ya sea en el Magreb o en el África subsahariana, han iniciado notables saneamientos y mantienen ritmos de crecimiento sostenidos.

Obviamente, África no se convertirá en un mercado emergente de la envergadura de los asiáticos o de los latinoamericanos de la noche a la mañana. Pero nada impide pensar que, con otros empujones, el continente pueda transformarse, si no en un El Dorado financiero, al menos sí en un importante polo de atracción. En cualquier caso, dejemos de mirar a África a través del prisma asistencial y de su letanía de fracasos. Merece más atenciones y más acciones. Menos buenos sentimientos y más inversiones. n